

UNA BEBIDA LLAMADA SOLEDAD INTROITO

Desde la distancia, a veces, las situaciones que vivimos tiempo atrás, nos muestran por qué llegamos a ser lo que somos. La ciudad, el barrio, la familia, los amigos o el trabajo, son elementos que nos forman y modelan a su antojo y manera.

¿Que quién eres? Te preguntas. No lo hagas. Vive tu vida dejando que los acontecimientos sean tus compañeros de viaje. Ahora sé que nada se podía haber hecho de manera distinta a cómo se hizo cuando ocurrió todo aquello. Aún escucho la voz de Billy Joel cantando “El hombre del piano” deseando que los momentos felices regresen.

Ahora que por fin ha acabado todo y nada más queda el tiempo para que duelan las heridas, creo que ha llegado el momento de contar mi historia. Me llamo Sebastián Romero Cruz y no soy más que un hombre tras la barra de un bar. Perdonad que la narre en tercera persona pero es que así me será menos difícil hacerlo.

Como cada noche, desde hacía veinte años, Sebas cerró la puerta. Los clientes ya habían tenido su tiempo para pasar allí las horas muertas. Ahora era su momento. Mientras sus dos empleados cerraban, él haría caja, pero no sin antes prepararse su copa de todas las noches.

Había comenzado a trabajar como empleado, hasta que su jefe decidió cerrar y heredó el negocio. Su vida, sus ilusiones, todo su mundo era ese local. Incluso el lugar donde esconderse de sus tristezas y miserias. Para él, sus clientes eran sus amigos y su familia.

Necesitaba sentir el humo inundando los pulmones y no quedaban clientes. Les hizo un gesto a Laura y Javier, ellos también fumaban, y se encendió un cigarro. Cogió su copa de balón y puso dos hielos en ella. Tranquilo, exprimió un limón sobre ellos, después lo pasó por el borde de la copa, puso la ginebra de siempre y vertió la tónica sobre la cucharilla. Era un ritual que le gustaba. El cigarro en su boca era otra costumbre que repetía al final de cada día y hacía de aquel momento el mejor de la jornada.

Los jueves eran un buen día y la presencia de Aleix, su pianista, una garantía de éxito. Era, probablemente, el mejor pianista que había actuado en su local. A los habituales de todos los días se sumaban parejas que venían solo para escuchar su música.

Para Sebas era un perfecto desconocido pese a que llevaba actuando para él desde hacía años. No había logrado intimar con él. Después de actuar Aleix se solía quedar a compartir una copa con su jefe, pero aquella noche había cumplido a rajatabla su horario y a la una en punto se había marchado.

El dueño del local no se esperaba lo que aquella madrugada le tenía preparado. Estaba haciendo caja cuando el sonido de alguien llamando a la puerta le sacó de sus pensamientos. La llamada era urgente, impaciente, con necesidad. Pensó que algún cliente se había olvidado algo. Javier abrió y él se desentendió. Pasaron unos instantes y el sonido de los tacones sobre la tarima le hicieron levantar la mirada.

La última persona que esperaba ver acababa de entrar por la puerta. Javier, el camarero, la seguía ensimismado con la mirada fija en sus curvas.

Sebas se quedó de piedra. Ella estaba allí, era un recuerdo de un pasado aún más doloroso que su presente. Jamás pensó que la volvería a ver, pero igual que desapareció acababa de volver. La ausencia se le clavó en el alma recordando el dolor que le había causado su partida.

Su esencia llenó la sala pese a que no era la diva que se fue cinco años atrás. Estaba mayor, gastada, triste pero enormemente bella. Con una belleza serena y madura. Las miradas se cruzaron y los ojos de la mujer le suplicaron perdón. Sebas bajó la mirada. No tenía que pedirlo. Estaba allí, había vuelto. Habría dado cualquier cosa porque nunca se hubiese ido. No había visto entrar al niño que andaba detrás de ella. Éste, a una indicación de la mujer, obediente, se sentó al amparo de las tenues luces del local. Parecía muerto de sueño.

No le preguntó. Le preparó un ron con coca cola. Ella le dejó hacer. Aun no habían abierto sus bocas, ni pronunciado palabra. El tiempo pasado cargaba el aire de preguntas. Era probable que ahora que estaba allí, por fin, le respondiese por todos esos años desaparecida, pero la mirada de Nadia solo suplicaba descanso.

Aquellos cinco años eran un tremendo vacío en su vida, incluso para ella. Aquella noche todo era diferente. Su mundo roto se deshacía en pedazos y el único lugar al que se le ocurrió acudir fue ir al local de Sebas. Ella también había sentido el dolor de la separación y la pena de la soledad. Ahora podían beber juntos. Compartir esa bebida llamada soledad.